

La voz del que sobrevive

Era más grande el muerto

LUIS MIGUEL RIVAS

Planeta, Bogotá, 2017, 400 pp.

“ERA MÁS grande el muerto” es un dicho no solo colombiano, sino también mexicano y, tal vez, latinoamericano, con el que reímos y entramos a la muerte para atisbar el otro lado del espejo. Pero también es el título de la primera novela de Luis Miguel Rivas, escritor, libretista y realizador audiovisual radicado en Argentina, cuyos tres libros anteriores dan cuenta de su experiencia como cuentista. Rivas nació en Cartago (Valle del Cauca) pero creció en Envigado (Antioquia), y su novela nos lleva a un espacio semejante a este último municipio, con sus rasgos antioqueños.

La novela se conecta con un cuento anterior de Rivas, de su primer libro; relata su mismo universo, porque narra todo lo que le pasó antes al protagonista de “Los amigos míos se viven muriendo”. Así, lo primordial de esta novela son el tema y su lenguaje, que se entreveran “sin violencia” para crear una voz que sobrevive a un mundo sórdido conocido por todos: el narcotráfico. ¿Y por qué otra novela sobre el tema? Porque el punto de vista y la voz ya no son los de los capos o el poder, sino los de los débiles o “chichipatos” con sus conflictos cotidianos.

Manuel y Yovani, adolescentes de clase media baja que viven en Villalinda en los años ochenta, sueñan con el ascenso social y el respeto mediante una buena “pinta”. Bastan “una camisa *calvinklén* y un pantalón *cheviñón* y una chaqueta *dísel*” (p. 9) con unos zapatos *naik* para ser “sobrador” en aquel mundo. Con miras a cumplir su sueño, los dos jóvenes terminan comprando a crédito las prendas de los muertos en la morgue del pueblo, último resquicio de las aguas turbias del sicariato y la extorsión de poca monta. Aquel mundo es tan bajo que don Rogelio emprende un negocio con la ropa de un lugar donde abundan las víctimas de los carteles: ese murió por una bomba, ese apuñalado por la espalda, aquel murió por diez tiros. Y a veces no sabemos si los matan los

narcos o los policías y militares por mano propia o por orden de los mismos narcos.

De todo ello, y a pesar de las contradicciones que sugiere el tono de la novela, resulta el ambiente en el que sus personajes viven un regodeo con el poder y con la muerte; un goce y un morbo con la imagen del muerto que acaban de encontrar como si fuese la única realidad, como si pusieran la mesa o esperasen el bus de todos los días. Adviértase, en efecto, que en el tiempo de la narración la violencia del narcotráfico todavía no ha alcanzado las monstruosas cuotas a las que luego llegaría. Es decir, el mundo de Villalinda comienza a burocratizar y a romantizar tal violencia, a naturalizarla y aceptarla fatalmente. Y aunque la novela parece despojada de la consabida miseria de los medios, que ayudan a legitimar tal violencia, en sus páginas ya se esboza la convivencia de los narcos con los políticos y los periodistas.

Por eso, en su escala de valores, los dos jóvenes aspiran al poder y a la fuerza y a la *vendetta*, la del macho atravesado y avisado, sin escrúpulos, que algunas veces puede ser sagaz e “inteligente” en su medio social, pero ante todo es “vivo” y pasa por encima de cualquiera, en dado caso. Este arquetipo lo encarnan Moncada y Efreem; en cambio, Lorena es el personaje femenino opuesto al perfil cosificado que, en el extremo machista, desea el tirano jefe narcotraficante. Sin embargo, Manuel y Yovani no alcanzan tales ideales de poder; admiran ese estilo de vida aunque se quedan cortos, por más que sus aspiraciones tengan visos morales ambiguos. Y por eso la vuelta de tuerca de Rivas nos propone algo distinto. Porque si desde hace décadas el “chichipato” ya desfilaba por la calles de nuestra literatura, a través de algunos personajes y desde la perspectiva de las clases media y alta, aquí la voz e instancia del marginal, del anónimo, adquiere consistencia y personalidad.

De este modo, el registro oral de la novela es humorístico y lleno de giros y “tiros” paisas que nos divierten por su melodía y su ritmo, junto con pasajes que tienen aires de cómic o folletín. El lenguaje de Manuel recurre a buenas metáforas, juegos de palabras y voces distintas, como si fuera un ventrílocuo

que roza la broma y el sinsentido. Tampoco faltan líneas de diversas músicas que se pasean por la trama: la salsa, el tango y el vallenato, así como clásicos ochenteros del rock, puntúan y modulan algunos deseos de sus personajes. También nos divierten los nombres de sus espacios, como el bar El Cielo o la discoteca La Amistad. Y empresas como Tejicadena y la tienda Paratodos son alternativas que quieren equilibrar la balanza moral con trabajo digno. Por eso la moda y otros elementos de los ochenta tiñen el relato de cierta nostalgia tras el disfraz del arribismo; de igual forma, la cobardía de Manuel y Yovani acaba apelando a nuestro afecto, acaso porque no se atreven a cruzar el límite o porque “no logran” ser los “chachos” de la apariencia y el poder.

Con todo, aunque la narración de Manuel alterna capítulos que rayan la unidad de la historia, con dos puntos de vista, y nos ofrece ángulos y ritmos distintos que le dan fluidez, además de la eficacia de sus diálogos, a veces nos falta algo más... La multiplicidad, gozne sobre el que gira una de las puertas del género novelístico, como sugiere Italo Calvino, ensancharía aún más nuestra mirada, si apareciera una voz distinta. Tal voz daría distancia e ironía, más aire y contraste a la novela, un cambio del tono dominante y más espacio al lector. Por tanto, nos viene a la mente el personaje del tío Humberto, cuyo pasado y biografía constituyen un blanco ideal para otra voz, para un lente distinto. Porque si la fogosidad narrativa de Rivas se suelta en diversos pasajes donde habla del entorno del poder y de la bonanza y la violencia, en algunos diálogos y acciones el ambiente parece asfixiante, como si hubiese una cámara narrando un espacio que no pasa de pocos metros al frente. Es decir, tal vez los pocos rasgos y detalles sobre la atmósfera y el clima no influyen mucho en los personajes. Pero en todo caso, este modo de narrar también parece una virtud, porque la falta de aire en tales pasajes da vislumbres de infiernos y paraísos para representar esa escala de valores. De infiernos, en pasajes donde la escasez o la pobreza se muestran desnudas, con precisión y abundancia descriptiva; y de paraísos, donde todos aquellos objetos y excesos de los narcos tientan

e invaden el deseo de los débiles.

En suma, tenemos un libro divertido, exento de la gravedad que podrían plantear los meandros de nuestra historia, narrado por la voz de Manuel, un chico que por fortuna no pudo ser sicario. Pues por cada sicario de cada barrio había diez o veinte chicos como Manuel, chicos que hoy día son un alto porcentaje en Colombia. Fueron quienes no murieron en la guerra, no sobresalieron en la televisión y acaso ejercen diversos trabajos “menores” o de bajo perfil. O quienes sobrevivieron a la violencia y surgieron. Así que esta novela intenta hablar con otro tono: intenta mirar, intenta reír, con la voz del que sobrevive.

Diego Castillo